

Mariano Villegas

Nació en Bovril, Entre Ríos en 1934. Su vinculación con la Patagonia se inicia en 1957. Actualmente reside en Plottier (Neuquén). Ha obtenido importantes premios como narrador en el país y en el extranjero. Es además un reconocido artista plástico.



UN ACTO CRIMINAL

Apretujado en un camión militar con rumbo incierto, me despojé de las granadas de mano, bombas fumígenas, un bolso de cuero repleto de mapas de la región, la bolsa de rancho. Fui dejando esos aperos de guerra bajo el banco del vehículo donde una veintena de soldaditos viajábamos asustados. Quedé con el fusil, la bayoneta y el cinturón de municiones. Liviano, dispuesto a desertar esa noche y a correr a campo traviesa, entre los montes bajos, hacia el río y las islas. Estábamos irritados, cansados, temerosos de las salidas nocturnas para reprimir a las personas, aturdidos por los gritos iracundos de los superiores.

Habíamos pasado el año de ladrilleros, herreros, sembradores de papas y maíz, golpeados y castigados por la más mínima falta del RM 30, uno de los tantos reglamentos militares que tienen. Estas idas y venidas después del estallido revolucionario, corridas exasperadas, esperas tensas, enfrentamientos con gente armada y desarmada nos habían desarticulado, sacado de quicio. Muchos soldaditos, cuando las papas quemaban, pedían que les cargue el fusil pues no habían recibido una mínima instrucción. En esas ocasiones, en plena carrera, embutía la vaina cargada de balas en las recámaras empastadas en vaselina de los fusiles Máuser.

Bajamos de los camiones y recibimos la orden de destruir los focos de luz que iluminaban la calle principal del pueblo, cuya prolongación de pocas cuadras se convertía en la ruta nacional Nº 11. Hubieran bastado algunos disparos atinados de pistola para hacer añicos, pero se nos recomendó utilizar piedras. El ejercicio de buscarlas y lanzarlas hacia arriba nos hizo entrar en calor. Comenzamos a divertirnos. Surgieron pullas y desafíos. Cuando una bombilla estallaba el autor del tiro recibía palmadas de felicitaciones en la espalda. Los noventa y tantos colimbas demostraron buena puntería: al rato, la calle estaba a oscuras.

El jefe de compañía reunió a los demás oficiales, Jefes de grupos designados de apuro y les explicó la situación. Estos a su vez juntaron a sus soldados integrantes de diferentes secciones y repitieron órdenes y recomendaciones. En circunstancias de peligro algunos oficiales se mostraban campechanos, solícitos con los soldados. Hubo uno que repartía tragos de caña Legui. Nadie creía en sus zalamerías, pero embuchábamos el licor.

Avanzamos en dos filas indias, una flanqueando la otra, por los bordes de la carretera. Cuando las viviendas se espaciaron y quedamos a campo abierto, nos hundimos en las zanjas ubicadas a los costados de la ruta y apuntamos los fusiles para el lado de Rosario. Al encontrar las zanjas llenas de agua nos pegamos a los taludes y fabricamos unos hoyos para apoyar las botas y el cuerpo. Permanecemos agazapados, lejos del agua que corría por abajo pero vulnerables a la que caía del

cielo. Hacía quince días que no paraba de llover y teníamos húmeda hasta la ropa interior.

Estábamos a unos setecientos metros de la ruta nacional 19 que conduce a Córdoba, transversal a al 11. En esta intersección estaba detenido el regimiento de infantería 14 proveniente de Rosario. Se pensaba que iba a Córdoba donde se combatía a los revolucionarios. Hasta nosotros llegaba el ronroneo de los camiones que transportaban a unos cuatro mil efectivos. Si ese regimiento iniciaba su marcha hacia Santa Fe, ubicada a nuestras espaldas, había que detenerlo a balazos limpios.

Cerca de la unidad rosarina estaban emboscados tres oficiales nuestros con una pistola lanza bengalas. Si la luz de la señal llegaba a surcar el cielo significaba que la columna se dirigiría a Santa Fe. Noventa y tantos pares de ojos escudriñaban la noche, perforaban la niebla, la llovizna y se perdían en las lejanías de la llanura en sombras.

En algún momento de la madrugada comenzaron a transitar a nuestra vera grupos de trabajadores en marcha despreocupada. Cuando nos descubrían en las zanjas con nuestros paños de carpa, apuntando hacia el camino, cerraban el pico y aceleraban el paso, incrédulos y asustados.

Cuando vimos avanzar hacia nosotros a un vehículo oscuro, a marcha lenta, pensamos que los oficiales de la bengala se habían dormido. Hubo aprestos y corridas. Avanzó el grupo del fusil ametrallador Matzen con el alemán Zimmermann a la cabeza. Los noventa y tantos cerrojos golpearon los topes de metal colocando la primera bala en la recámara de los fusiles y sonaron como un siniestro carrillón de martillos.

El vehículo tenía el aspecto de una camioneta militar en exploración. A unos cien metros se detuvo. La mirábamos con tanta intensidad que bien hubiera podido saltar en pedazos.

Permanecimos tensos, apuntando, con los seguros colocados. En ese momento pensé en la comisión de actos criminales. Un puñado de bisoños enviados a detener un regimiento de cuatro mil hombre, con secciones de morteros, ametralladoras pesadas, armas anti-tanques y fusileros. Supongamos por un momento que se vienen para Santa Fe, que comienzan las acciones y la balacera. Pasado el desconcierto inicial de nuestra resistencia, el regimiento de infantería bajaría de los camiones, desplegaría sus efectivos en el terreno, lanzaría unos morterazos, algunas barridas de ametralladora y listo el pollo. Si alguno de los nuestros quedaba vivo sería cazado como tiro al pichón por los fusiles FAL de los infantes.

La tensión se quebró por la voz del oficial llamándome. Lo encontré en primera fila, al borde del camino, con una pistola ametralladora PAM. Todos parecíamos de la Legión Extranjera. – Soldado Bárdon, vaya y tráigalo – dijo como un ultimátum.

Salí disparado hacia delante, tirándome hacia la izquierda del camino. De un salto pasé la zanja y busqué protección en una hilera de viviendas y de árboles crecidos al linde de las veredas. Marchaba agazapado, con el fusil al costado, convertido en Alan Ladd con su Winchester 44. Al rato estuve al costado de la camioneta.

Silenciosa, quieta y oscura como un cajón de muerto. Del lado del conductor bajó un tipo y caminó hacia la parte trasera del vehículo. Desde mi lugar veía asomar la cabeza por sobre el techo Al instante el hombre quedó al descubierto. Levanté el arma. Resultaba difícil deducir si se trataba de un civil o un militar. Algún reflejo, quizás el destello perdido de un foco del lado del regimiento rosarino, produjo un brillo en su correaje cruzado sobre el pecho. Era un militar y esta explorando el hijo de puta. Salí de la cobertura de un árbol y me aproximé con el arma al hombro y el

dedo en la cola del disparador. Quité el seguro y el mínimo click hizo girar la cabeza al tipo. Atolondrado le dije "buenas noches, señor", como si fuera un encuentro entre pacíficos vecinos. Salté la zanja y apunte al pecho. Me conminó a identificarme y ahí pude ver su grado de sargento ayudante. Me resultaba familiar. Con un hilo en la voz le dije mi nombre, mi clase el nombre y el grado de mi jefe, el batallón y compañía a la que pertenecía y si hubiera insistido un poco le contaba la historia de mi vida.

Pendejo boludo, bajé el arma – dijo, y al instante reconocí la voz de Olegario Canquil. Me abandonó el susto inicial y otra sensación turbadora ocupó su lugar. Bajé el fusil y lo coloqué al costado, junto a mis costillas, apuntando al tipo, con el martillo montado, sin seguro y el dedo en la cola del disparador. Siguió hablando, cosas pesadas, las habituales en su boca de cloaca, como cuando se ensañaba con los soldaditos en las madrugadas heladas, como cuando golpeaba a Bóscolo o al alemán Zimermann. Ahí estábamos, en el medio del campo bajo una fina llovizna, dos tipos aislados, uno insultando al otro con un máuser preparado.

-Decidite carajo. Estás ante un superior, pendejo hijo de puta. Entregame el arma y tomátelas.

Intentó avanzar y retrocedí instintivamente. La llovizna cobró intensidad y se convirtió en lluvia cerrada. Comencé a temblar y a percibir una ondulación bajo mis pies, movimientos, palpitaciones. Creí ver un destello blanco de furia en los ojos de Canquil. Creció un sonido indiscernible al principio, algo precipitado, como vientos de diferentes sonidos, golpes. Eran suelas, eran soldados en carrera despavorida perseguidos por los vientos de la desgracia. Las fosas de mi nariz se dilataron y los bronquios, elásticos absorbían esos vientos rumbo a los pulmones. De pronto el fusil brincó en mis manos con vida propia. La detonación creció sorda y al segundo, plena en la noche, como una burbuja rota, un alarido. La llamarada iluminó a Canquil en vuelo hacia la camioneta. Un pequeño tropel de suelas fue acercándose, gente en carrera. Al instante apareció el teniente primero y pegado a él, el soldado Zimermann portando el Matzen. La luz de una pequeña linterna en la mano del oficial iluminó a Canquil, en otro mundo, sin la tapa de los sesos.

El oficial era un tipo alto, flaco, de caminar erguido. Ahora se lo veía encorvado, fatigado. Quitó el seguro de su arma, bajó el cañón y en tono bajo, me dijo:

- Póngase firmes, carajo. Y dígame qué mierda pasó, soldado.

Dio vuelta la cara y ordenó algo a Zimermann que salió disparado hacia nuestras líneas. En el mismo tono, urgido, volvió a preguntarme qué había pasado.

- Intentó manotear el fusil y quiso sacar la pistola. Se resistió a la detención, mi teniente primero.
 - El Oficial se acuclilló junto al cadáver y disparó un rayo de luz sobre el cuerpo apacible y la cara atroz de Canqui. Hurgó sobre el caído, hizo movimientos rápidos. Me hallaba a unos cuatro metros, en posición de firmes, empapado por la lluvia que seguía cayendo con intensidad. El oficial regresó a mi lado y dijo en voz baja, hablando entre dientes:
 - Intentó manotear tu fusil y sacó la pistola. Sacó la pistola. Se resistió a la detención, soldado Bárdon. No te salgas nunca de esa versión. Nunca. ¿Me entendés?. Ordenó que le entregaran el arma. Así lo hice. Caminó un poco y la apoyó contra la camioneta. Al rato aparecieron algunos subtenientes y varios soldados con Zimermann a la cabeza. El oficial los hizo acercarse al cadáver y lo iluminó. Canquil yacía ahora con su arma reglamentaria en su mano derecha. El jefe hablaba en voz baja, formulando indicaciones y

recomendaciones. Apagó la linterna y volvió a prenderla en un parpadeo. Iluminó a un subteniente jovencito, pálido, de ojos celestes. Le ladró algo y el muchacho salió corriendo a trote firme hacia la ruta 19. Nuevas órdenes y gente en movimiento. El cadáver fue colocado en la parte trasera de la camioneta, un oficial tomó el volante y se alejaron rumbo a Santa Fe. Zimmermann, alto como un ropero, abrazado al enorme fusil ametrallador se acercó y dijo en voz baja que Bárdon era un campeón.

- Permanecimos en silencio, inmóviles bajo el agua, hasta que escuchamos pasos apresurados sobre el ripio de la banquina. Aparecieron los tres subtenientes de la bengala, los juveniles rostros tiznados y las miradas preocupadas. Se cuadraron frente al superior que los conminó a seguir rumbo a nuestras posiciones. Nosotros lo hicimos detrás de ellos, a paso acelerado. Primero Zimmermann, luego yo y cerrando la expedición, el jefe de la compañía Tren de Puentes.
- Cuando llegamos al lugar donde los soldados estaban agazapados, el oficial gritó atención de manera estentórea. Como espectros bajo la lluvia, noventa y tantos soldados pusieron de pie. El jefe ordenó abandonar las posiciones y marchar rumbo a los camiones. Volvieron a formarse las dos filas indias y regresamos a paso redoblado. Junto a Zimmermann marchábamos muy cerca del oficial. Un subteniente de cara tiznada llegó a su lado y le dijo cómo podíamos abandonar las posiciones y qué pasaría si el regimiento se venía para Santa Fe. El Oficial, desde su estatura, lo miró como perdonándole la vida. Se detuvo, dio vuelta la cara hacia atrás y levantó el dedo anular de su mano derecha. Con voz serena y sentenciosa dijo que se vayan todos a la reputísima madre que los parió.